



SEMANARIO INFANTIL ILUSTRADO

Año II



2 de junio de 1888



Núm. 31



EL BURRO CARGADO DE ROSAS



## LA CARIDAD

PASÉ la noche en un portal, bajo el dintel de piedra, dando con la cabeza en el quicio; y al clarear el día dejé mi duro lecho, me dirigí hacia el campo, tomé por una vereda y me alejé de la ciudad. De vez en cuando cruzaba frente á una alquería, por una maśía ó junto á un molino: aquí una joven, cantando, peinaba sus cabellos, á la puerta de su casa, bajo una higuera, sobre una silla, y en otra tenía el espejo enfrente; allá un mozo, sentado en el suelo, reía y destrenzaba una sogá de esparto; y acullá el labrador escarbaba la tierra guiando sus bueyes. Anduve largo trecho, hasta llegar á una colina, donde permanecí observando la catástrofe manifiesta entre dos ramas de un arbolillo. Una araña, velluda y negra, había fabricado allí el polígono de su red: varios insectos muertos, chupados y secos, oscilaban suspendidos en las fibras de la trampa. En aquellos momentos zumbaba, junto al arbolillo, un insecto volador que, á la luz del sol, parecía un botón de oro con alas. Yo deseaba ver el punto de la presa en que la araña hundiría su aguijón. Aquel asesinato se presentaba ante mí con todos los atractivos de la exhibición trágica. Así, pues, aguardando que el insecto cayera en la red, estuve callado, inmóvil, con el alma en los ojos, refrenando el aliento, mientras la brisa me traía, mezclados á los murmullos del campo y á los ruidos de las fábricas, el canto de la niña, las risotadas del mozo, el mugir de los bueyes y el incesante traqueteo de las ruedas del molino.

El insecto cayó: la araña se precipitó sobre él estrechando sus redes. El prisionero temblaba, la muerte venía, y yo, sintiendo en el alma un movimiento de compasión por libertar la víctima, desgarré con mis dedos la horca de hilo. La araña quedó suspensa en el espacio, agitando con angustia sus patas complicadas. El insecto, libre, zumbaba en el aire tembloroso y vivaz como una chispa de fuego, entretanto que yo sentía palpar mi corazón regocijado por el bien que había hecho, pareciéndome el campo más hermoso, la mañana más fresca, la voz de la niña más grata, el mugir de los bueyes más dulce, más estridente y rotundo el incesante traqueteo de las ruedas del molino.

Con peores razones, á su manera y en lengua estropajosa, pero al cabo al fin esto, en sustancia, es lo que dijo Blasillo á sus camaradas, que le rodeaban atentamente.

Era Blasillo un muchacho de catorce años. Andaba descalzo por las calles de Barcelona, tocando el violín, y se mantenía, con penurias, implorando la caridad pública á favor del salvoconducto de aquel instrumento, que era más bien para pedir que para sonar.





El burro cargado de rosas

En las noches de invierno todo tiritaba en él: las cuerdas del violín con el arco, y las piernas de Blasillo con el frío. Los transeúntes cruzaban veloces,



envueltos en sus capas; y el rapaz, llorando y bostezando, hacía chirriar el vientre del violín, vacío como el suyo.

Aquel pilluelo no había sentido nunca el calor más dulce de la tierra, el calor del beso de una madre. Los afectos suaves y tranquilos del hogar nunca llegaron á su alma. Nada sabía del mundo en que habitaba, así como el mundo no sabía de Blasillo más que era un poco de carne sucia y quejosa, como un pájaro, músico, instrumento y cantante en una pieza.

Blasillo ya estaba frío por dentro; y una noche de invierno, durmiendo el pobre sobre la nieve, se le heló también la carne y acabó todo.

Apareció el muchacho acurrucado en un portal de una casa espléndida. La nieve se le había cuajado sobre la cabeza, y las nubes le tejieron la mortaja. Tenía el triste violín cogido con las piernas, presentando al aire las cuerdas sucias y gastadas. Un rayo de sol de invierno, de ese sol pálido que respeta la nieve, rasgando una nube caía silencioso sobre el rostro del niño muerto. Un insecto revoloteaba alrededor del cadáver, y con el zumbido triste de sus alas parecía responder á las notas que el viento arrancaba á las cuerdas veteranas del violín.

La naturaleza concurría con sus expresiones más delicadas: nieve, los murmullos, brisas, batir de alas impalpables, resonar de notas inciertas; todo lo suave, todo lo misterioso, todo lo dulce, acudía espontáneamente para celebrar los funerales de un ángel; y el insecto, aquel insecto librado á las garras microscópicas de la araña, agradecido siempre, se había revolcado en el cáliz de las flores más olorosas para venir, ataviado con los más dulces perfumes, á posarse en los labios aquellos que nunca recibieron el ósculo maternal.

Alguien al pasar dijo:

—¡Qué asco! ¡Tiene un insecto en la boca!

¡Infeliz! No sabía que aquel era el primer beso de amor.

RAFAEL TORROMÉ





## LA PALESTINA

LA Palestina es conocida bajo diversos nombres, cada uno de los cuales recuerda un acontecimiento de su interesante historia: se la llama *Tierra de Canaán*, porque primitivamente fué ocupada por los descendientes de Canaán, hijo cuarto de Cam; *Tierra de Israel*, porque Jacob llevaba este nombre; *Tierra de Jehovah* ó *Tierra del Señor*, por haber sido el único país donde



El primer banquete de Dolores

en tiempos del paganismo se adoraba al verdadero Dios; *Tierra de Promisión*, por haber Dios prometido á Abraham que sus descendientes la poseerían; *Tierra Santa*, porque fué santificada con la presencia, los milagros, los sufrimientos, la muerte y resurrección gloriosa de Jesucristo; y *Tierra de Judea*, en recuerdo de la tribu de Judá. El nombre de *Palestina* lo debe á los filisteos, los implacables enemigos de los hebreos, cuya capital era Gaza, villa situada al extremo meridional de la Tierra Santa.



La longitud de la Palestina es, aproximadamente, de 200 kilómetros, y su latitud de 120. Sus límites son: al sudoeste Gaza y el Mediterráneo, al sudeste la Idumea, al oriente los montes de Arabia y el antiguo país de los moabitas, y al norte el Antelíbano. La Palestina se divide hoy en tres provincias: la Galilea, la Samaria y la Judea. La primera tiene por villa principal Nazaret, la segunda Napus y la tercera Jerusalem.

Este país ha pasado, sucesivamente, por la dominación de los judíos, de los griegos, de los romanos y de los franceses en tiempo de las Cruzadas. Hoy día está en poder de



El primer banquete de Dolores

los turcos, y su población actual no pasa de cien mil habitantes entre cristianos, musulmanes y judíos, siendo estos últimos los menos numerosos. Esta comarca tan rica y populosa en los buenos tiempos de los judíos, sufre hoy la más deplorable de las decadencias. Los alrededores de

Jerusalem son áridos y devastados; pero los otros puntos de la Palestina ofrecen por doquier un terreno fértil y susceptible de toda suerte de vegetación. A pesar de que varios escritores aseguran que la Tierra Santa ha sido, desde hace diez y nueve siglos, un país asolado é infecundo; en la Bi



*biblioteca de las Cruzadas* se lee que, «en tiempo de los reyes latinos de Jerusalem, la Tierra Santa era una de las más fértiles y florecientes del globo; y era tal la abundancia de flores que esmaltaban sus campos, que su perfume se percibía desde las villas inmediatas.» Posible es que así fuese, pues las condiciones del terreno que se indica se prestan á toda vegetación. La llanura de Esdrelón, llanura abandonada y solitaria, en poder de un pueblo laborioso é inteligente podría convertirse en un verdadero edén. Pero todo parece en manos de los musulmanes. Un proverbio oriental dice «que donde un turco pone el pie, la tierra está siete años sin producir: donde pone la mano, todo muere y se esteriliza;» y los musulmanes de Palestina, al igual que todos los del imperio otomano, pasan su vida fumando, tomando café y durmiendo. ¡Qué mucho, pues, que la Tierra Santa se vea en el estado de abandono, de esterilidad y pobreza en que se ve!

¡Qué diferencia entre la Palestina de hoy y la de los primeros siglos del cristianismo! Nada tan hermoso como la ribera del mar de Galilea en tiempos de Jesucristo. Todo era floreciente y alegre, y la vegetación exuberante y continua. Ni fríos ni heladas ponían término á su germinación. Los nogales, palmeras, olivos, higueras y otros árboles, arraigaban por doquier, y los campos se cubrían eternamente con el más peregrino manto de flores. En medio de esos jardines levantábanse hermosas villas de pescadores, que llevaban los nombres de Betsabé, Julhad, Cafarnaum, Tariquea, Corazán, Gamala, Genesareth ó Genesar; villa, esta última, que dió su nombre á un famoso lago. La población de estas villas era muy numerosa, y sus habitantes vivían unidos con la mejor armonía. Hoy, ni árboles, ni cultura, ni vegetación, ni villas, ni pescadores en torno del lago de Genesareth. Apenas si el viajero encuentra rastro ni señales de donde estuvieron asentadas las derruidas poblaciones: la devastación más asoladora se descubre donde quiera se fijan los ojos; y, para hacer el cuadro más triste, parece que de continuo repercute por el espacio la tremenda imprecación de Jesucristo: «¡Desgraciada de ti, Corazán; y de ti, Betsabé; y más de ti, Cafarnaum! ¡Fuisteis elevadas hasta el cielo, y vuestra obcecación os ha lanzado al abismo cual si fuerais juguetes del infierno!»

A. OZORES







## SITIO DE ZARAGOZA

(HISTORIA)

EN este memorable sitio, donde el valor de los habitantes disputó tan largo tiempo cada pulgada de terreno á los franceses que habían vencido á los rusos y á los austriacos; en este luto patriótico, en que cada casa fue una ciudadela, cada mujer un guerrero y cada hombre un héroe; cuando para destruir la fiel ciudad una enfermedad contagiosa se unió á los horrores de hambre y de la carnicería; el fuego cesó de repente entre los dos ejércitos. El general francés, enternecido por una resistencia tan gloriosa como inútil, envió un ayudante para ofrecer á los desgraciados habitantes de Zaragoza la vida y la libertad si ellos querían llevar la escarapela roja de José Napoleón y permitir que el pabellón de los tres colores ondease sobre las ruinas humeantes de sus edificios sagrados. Llevaron al parlamentario á presencia del bravo Palafox, que mandaba á los aragoneses, y aquél le expuso en pocas palabras el objeto de su misión.—Venid á recibir mi respuesta,—le dijo fríamente y sin cólera el general español. Después le condujo bajo las bóvedas de la catedral consagrada á Nuestra Señora del Pilar. La cadena de oro que sostenía la estatua milagrosa, estaba cubierta de crespones negros. Velos, también negros, estaban suspendidos de los arcos góticos del monumento. En el coro estaban reunidos los jefes de los soldados, todos armados, con la cabeza descubierta. El pueblo ocupaba el resto del templo, de rodillas y en silencio.

El oficial fué introducido al medio del círculo formado por los oficiales españoles. En seguida un sacerdote, revestido de ornamentos fúnebres, dijo una misa por los que habían muerto ó iban á morir por la defensa de la ciudad. Todos ofrecieron, delante del altar de la santa patrona, el sacrificio de una vida que iba á ser consagrada á su defensa. Entonces Palafox, volviéndose al oficial francés:—Hé ahí mi respuesta,—le dijo;—decid á vuestro jefe que los españoles de Zaragoza prefieren morir, puesto que un sacerdote ha pronunciado por ellos las oraciones de los muertos; decidle, además, que ellos prefieren cualquier cosa á la esclavitud y al martirio.

En efecto: cuando los batallones franceses entraron en la ciudad destruida, avanzaron sobre los cadáveres de sus defensores, que, imposibilitados de salvar sus hogares, legaron á España un glorioso y patriótico ejemplo.

JOSÉ MAS Y DEL RIBERO





## LOS JILGUERILLOS

Yo vivo en una aldea,  
y en ella tengo un huerto  
frondoso y tapizado  
de frescos pensamientos.  
Allí viven las rosas,  
murmura el arroyuelo  
y entona la avecilla  
dulcísimos arpegios.



El perro

y

la maleta

Entre unos matorrales  
que crecen en el huerto  
se esconde débilmente  
un nido de jilgueros  
que yo todas las tardes  
visito muy contento.  
Los tiernos pajarillos  
me quieren en extremo;  
y ya todas las tardes,  
al verme que me acerco,  
entonan en mi honor  
dulcísimos arpegios.

Allí, junto á ese nido,  
se elevan hasta el cielo  
brotando suavemente  
pintados pensamientos;  
y yo todas las tardes  
un rato allí me siento  
mirando aquella mata  
y el nido de jilgueros.

Los tiernos pajarillos,  
al ver que yo contemplo  
y cuido dulcemente  
de aquellos pensamientos,  
comienzan á piar  
en fúnebre concierto,  
y todos una tarde  
hallé en el nido muertos.

Brotaron de mis ojos  
dos lágrimas de fuego  
al ver que aquellos dulces  
y débiles jilgueros  
tan sólo por *envidia*  
los pobres se murieron.

Ya ves lo que es la envidia:  
un rápido veneno  
que mata, hermoso niño,  
el alma más que el cuerpo,  
pues pierde el envidioso  
la vida con el cielo.

R. SÁNCHEZ DÍAZ



## —NUESTROS GRABADOS—

### EL BURRO CARGADO DE ROSAS

Ese burro que veis cargado de rosas es de Persia, país muy lejano, en Oriente. Las niñas que le preceden y las que le siguen con ramos de flores en la mano, son todas persas y pertenecen á la escuela de la misión, y la profesora que las enseña les da pruebas de mucho cariño, que también recibe de sus pupilas. Sabiendo estas últimas que el cumpleaños de su maestra se celebraba siempre cuando florecían las rosas, tan abundantes y magníficas en Persia, quisieron hacerle un regalo; más, como carecían de recursos suficientes, sólo pudieron comprar flores. Una de las niñas más grandes dijo que á la maestra le gustaban mucho las rosas, y que seguramente las aceptaría con el mejor agrado.

En su consecuencia, resolvióse comprar un gran número de las más hermosas. El padre de una de las niñas tenía un burro, y ofreciósele para llevar la carga de flores.

En la mañana del día de su cumpleaños, la maestra estaba asomada á su ventana, cuando vió una especie de procesión que se dirigía hacia la escuela de los misioneros.

Todas las niñas vestían sus mejores ropas y habían adornado su cabello con rosas blancas y encarnadas. Dos de las mayores conducían el burro por el ronzal, y el símil de cuadrúpedo parecía muy complacido con su olorosa carga. Los dos canastos que llevaba estaban completamente llenos de rosas, y alrededor del suelo le habían puesto una guirnalda de capullos; de modo que parecía una masa de flores en movimiento. Las niñas más pequeñas, que iban detrás de dos en dos, llevaban también las manos llenas de flores.

La maestra salió al encuentro de aquella procesión de las rosas, que bien podía llamarse así; y después de recibir las felicitaciones de sus discípulas, dispuso que introdujeran las flores en la casa, donde muy pronto adornaron todos los jarrones y vasos que se pudieron encontrar.

La maestra dijo que no olvidaría aquel burro cargado con las rosas, que le regalaban el día de su cumpleaños.

### EL PRIMER BANQUETE DE DOLORES

Dolores tenía seis años la primavera pasada, cuando fué á visitar á su abuelo, en cuya casa permaneció porque se trataba de celebrar un gran banquete.

Dolores había vivido en Cuba desde la edad de un año; y, habiéndole escrito sus primos diciéndole que deseaban su pronto regreso á fin de celebrar el santo de cada uno, los padres apresuraron su vuelta.

Muy deseado era el día de la fiesta, porque se trataba de reunir á muchos niños, y Dolores no supo que tenía tantos primos hasta que los vió en casa de su abuelo. Sin embargo, pronto se hizo la mejor amiga de todos ellos, y antes del día de la comida tratábanse como si se hubieran conocido toda la vida.

El banquete fué un acontecimiento. Dolores no había visto nunca una mesa tan grande, como no fuera en algunas grandes fondas, ni tampoco varios de los vegetales y pasteles que se sirvieron. Tampoco había comido nunca pavo: ignoraba que la carne de esta especie de ave fuese tan sabrosa.

Terminado el banquete, se jugó un poco á todo lo que se acostumbra en tales casos. Los tíos y las tías, y los primos mayores, se prestaron también á jugar á la gallina ciega.

Dolores se divirtió tanto que no cabía en sí de gozo; y cuando los niños estuvieron cansados, la abuela les refirió una interesante historia.

Dolores dijo que jamás había estado tan contenta, y que no deseaba volver á Cuba.

### EL PERRO Y LA MALETA

Una señora y un caballero tenían la costumbre de ausentarse de su domicilio todos los años para ir á veranear durante los rigores de la estación. Nunca querían llevar consigo un perrito llamado Dot, que les era muy fiel; y el pobre animal manifestaba su disgusto, cuando los amos marchaban, ladrando ruidosamente. Hasta que el coche desaparecía de la vista no era posible hacerle callar.



Cierto verano, cuando la señora estaba haciendo sus preparativos para el viaje de costumbre, observó que Dot se había sentado en la maleta que su esposo había dejado en el suelo para poner la ropa necesaria. El animal no quería levantarse por más que le llamaban, por más que le ofreciesen alimento; y sólo cuando se quedó dormido le quitaron de allí. Dot



El ave intrusa

hacia todos los años lo mismo, creyendo, sin duda, que la maleta era la causa de que sus amos se marchasen.

### EL AVE INTRUSA

Éranse dos preciosos pajarillos de plumaje azul como el color del cielo, que se habían



establecido en la rama de un árbol. Su nido estaba muy aseado, y tenían en él tres huevos muy blancos con ligeras manchas sonrosadas.

—¡Qué agradable es vivir aquí!—dijo un día la hembra, contemplando el fondo de su nido.

—Y lo mejor es que nuestra vivienda no nos cuesta más que el de haberla hecho,—contestó el macho.

Las pobres avecillas ignoraban lo que iba á suceder, y todos los días cantaban alegremente. Cierta mañana ausentáronse macho y hembra para ejercitar un poco las alas, y poco tiempo después de marcharse fué á posarse en el nido un ave de regular tamaño, de la especie llamada *picabueyes*; ave tan perezosa que rara vez se toma la molestia de construir su vivienda si puede evitarlo.

—No me disgusta este nido,—pensó la intrusa,—y por lo tanto me lo apropiaré.



Comida para tres

Poco después puso un huevo algo más grande que los otros que allí había, y no sonrojado como éstos, sino de color pardusco, semejante á una bola de barro.

Cuando las propietarias del nido volvieron, quedaron muy sorprendidas y enojadas al ver entre sus huevos uno que no era suyo.

—Ya no hay remedio,—dijo la hembra, muy afligida;—pues para cubrir mi puesta debo tener debajo también el huevo que no es mío.

Sin embargo, la hembra no quiso abandonar su puesta, y pronto salieron á luz sus tres hijuelos; pero, á su vez, abrióse también el huevo grande, y de él salió una pesada avecilla de color pardusco.

El macho se enojó al ver aquello y quiso expulsar al intruso, pero la hembra no le permitió.

—Ya no se puede remediar,—dijo;—ahora es forzoso alimentar al recién nacido para que no se muera de hambre.

No había temor de tal cosa, pues el joven *picabueyes* se apoderaba de la mayor parte



del alimento que encontraba en el nido, y las otras avecillas debían contentarse con lo que dejaba.

Peor fué aún cuando hubo crecido, pues entonces dijo á las avecillas:

—Esta es mi casa, y aquí no hay lugar para vosotras. ¿Por qué no os vais?

El macho se encolerizó; pero la hembra le dijo que mejor sería llevarse sus hijuelos para que hubiese paz.

Así se hizo cuando las avecillas azules pudieron volar; y entonces el intruso quedó contento, porque le dejaban por dueño absoluto del nido.

### COMIDA PARA TRES

La pequeñita Eva cogió un plato lleno de comida y se fué al cobertizo para dar el alimento cotidiano á sus gatitos.

Cuando los llamó, acudieron dos de ellos para comer, y cada cual cogió una tajada, comenzando á gruñir como lo hacen en tales casos.

—No riñáis, gatitos,—díjoles Eva;—que yo os daré más si no tenéis bastante.

Cuando toda la carne hubo desaparecido, los gatitos desaparecieron; pero en el mismo instante asomó por la puerta la cabeza del viejo caballo Dob, que hasta entonces había estado en el patio comiendo yerba, y que, al ver el plato, se acercó para comer los vegetales que los gatos no quisieron.

La niña Eva no pudo menos de reírse al ver como el cuadrúpedo aprovechaba lo que los gatitos no quisieron, y quedó muy contenta porque no se desperdiciaba nada.

Los canarios



### LOS CANARIOS

Cierto día del verano pasado, la niña Engracia estaba comiendo uvas, cuando de pronto se quedó con la boca abierta, manifestando su mirada el mayor asombro.

Era que la jaula de los canarios estaba vacía, con la puertecilla abierta, aunque en la parte exterior veíase uno que, sin duda por estar enfermo, no podía volar; otro paseábase en la saliente de una ventana, y un tercero revoloteaba alrededor de la fuente. Engracia, ayudada por sus hermanos, consiguió al fin apoderarse de los fugitivos, que al punto quedaron seguros otra vez en su dorada prisión. Pero aun faltaba un canario, el más pequeño, al que habían puesto por nombre *Tin*. Buscáronle por todas partes sin encontrarlo; y cuando ya le creían escapado para siempre, parecióles ver un objeto amarillo entre el espeso follaje de un arbusto: era Tin, y Engracia se precipitó al punto para cogerle, pero se le escapó cuando ya le tenía casi en la mano. Esperaron largo tiempo para ver si volvía; mas, como no pareciese, los niños se volvieron á su casa.

Una semana después Engracia fué á visitar á una amigueta suya, y vió que tenía en la jaula un pajarillo, que no era otro sino Tin. La niña lo encontró á los dos días de haberse escapado de su casa: estaba á orillas de un arroyuelo, y tan débil, al parecer, que no podía volar, por lo cual se lo llevó á su casa para cuidarle.

Engracia agradeció mucho á su amiga que hubiese guardado el canario, y se lo llevó á su casa para ponerlo en una jaula nueva, de la cual no pudo escaparse más.

### PEPITO EL INDOLENTE

Con la cabellera desgredada, el sombrero de medio lado, la chaqueta rota y las ligas caídas, el pigre de Pepito revela á primera vista que es un haragán, y todos los chicos le llaman *el perezoso*. Nunca quiere trabajar: es indolente hasta cuando juega con sus compañeros, y pasa la vida sin hacer nada. Tal es el retrato de Pepe, á quien todos censuran justamente.



## LA FAMILIA HONRADA

(Continuación)

—De mi padre, señor, que me ha enseñado todo lo que sé de bueno. Tengo un tío que se ha arruinado en el comercio de contrabando, y que habría, sin duda, fallecido en la cárcel á no ser por el auxilio de mi padre. Era yo muy joven entonces; pero me acuerdo perfectamente de que el día que prendieron á mi tío delante de su esposa y de sus hijos, me dijo mi padre: «Sea esto una lección para ti, mi querido Jaime. Más adelante pertenecerás al comercio. No olvides nunca que la probidad es la mejor política: el hombre honrado acaba siempre por salir adelante en sus negocios.»



Los canarios

—Está bien, está bien: ni una palabra más,—dijo el Sr. Cleghorn.—Os deseo felices noches. Podéis continuar echando á mi hija vuestros discursos sobre los contrabandistas, ya que parece entusiasmarse mucho más que yo.

Al día siguiente, cuando el Sr. Cleghorn llegó al almacén, no dirigió la palabra á Jaime más que para reconvenirle con reprensiones. Este los oporto con paciencia, convencido de que no las merecía y de que el mal humor de su principal se disiparía con el tiempo.

—Ciertamente,—le dijo, por fin, el Sr. Cleghorn,—que sólo tengo elogios que hacer de vos por la manera como expedís los fardos y extendéis las facturas. No ignoráis que los merecéis. Pero ¿por qué no me habéis dado la explicación completa de lo que significa la máxima de vuestro padre? «La probidad es la mejor política.» ¿Por qué no me habéis explicado el secreto pensamiento que encerraba vuestra opinión acerca del almirante Tipsey y los contrabandistas?

—Ningún pensamiento secreto abrigo, señor,—dijo Jaime con un tono tan lleno de franqueza que el

Sr. Cleghorn no pudo menos de creerlo.—No sé qué queréis significar con estas palabras. Si yo consultase mis propios intereses en lugar de los vuestros, trataría de emplear toda mi influencia en favor de ese contrabandista. Pero hé aquí una carta que he recibido esta mañana, en la cual solicita mi amistad, y contenía un billete de diez libras esterlinas que le he devuelto.

El Sr. Cleghorn quedó encantado de la franqueza y la sencillez con que Jaime decía aquello; y, dejando á un lado toda frialdad, exclamó:

—Jaime, os pido mil perdones. Ya lo veo: os había comprendido mal. Quedo plenamente convencido, desde ahora, de que el aviso que ayer me disteis no encerraba ningún doble sentido. El rubor y la emoción de mi hija fueron lo que me engañó. Parecióme que vuestro pensamiento se dirigía mejor á ella que no á mí cuando hablabais; pero creo que me lo confesaríais francamente si así fuese.

Jaime no comprendía cómo, lo que había dicho respecto al almirante Tipsey y los contrabandistas, pudiese entenderse que iba dirigido á la Srta. Cleghorn mejor que á su padre. Esperó, pues, en silencio, más amplia explicación.

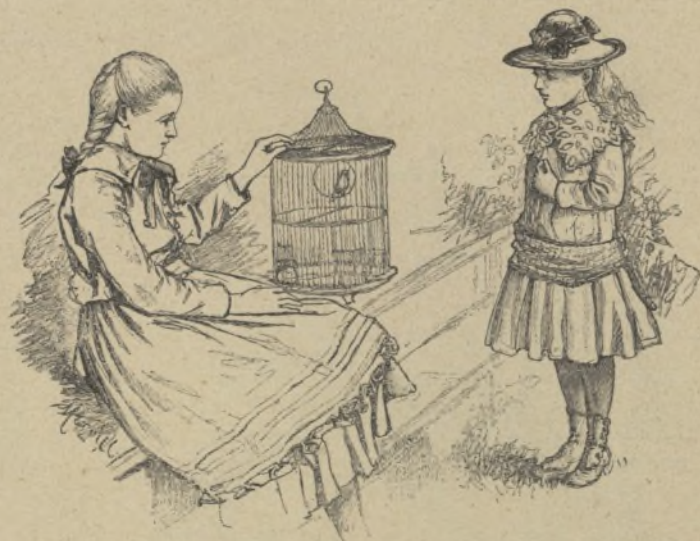
—¿Ignoráis, pues,—añadió el Sr. Cleghorn,—que el almirante Tipsey, como se ha llamado él mismo, dejará un día á su sobrino, el joven Raikes, más



dinero del que dejaré yo á mi hija? Sólo por excentricidad se viste como lo habéis visto ayer, y sólo para distraerse hace el contrabando. Verdad es que esto le da mucho: así es que posee una bonita fortuna y me ha propuesto casar á su sobrino con mi hija. Veo que ya empezáis á comprenderme. El joven es muy listo. Debe venir esta noche: no despertéis prevenciones en mi hija contra él; no habléis palabra sobre eso de los contrabandistas; os lo ruego.

—Os obedeceré, señor,—dijo Jaime. Pero de pronto le faltó la voz y se cubrió de palidez su rostro. El Sr. Cleghorn echó de ver aquella turbación.

El joven Raikes y su tío, el rico contrabandista, vinieron á vistas. La Srta. Cleghorn no experimentó mayor simpatía por el uno que por el otro. Su padre se puso furioso, y declaró, en su arrebato, que la creía enamorada del señor Jaime Frankland, que éste no era más que un miserable, y que lo pondría de patitas á la calle, dentro de tres días, si su hija no consentía en aceptar por marido el que él le proponía.



Los canarios

La Srta. Cleghorn trató en vano de apaciguar el furor de su padre y de disculpar al pobre Jaime, protestando de que jamás, por ningún estilo, había tratado dicho joven de captarse su afecto, y que jamás tampoco le había dicho una sola palabra que pudiese prevenirla contra el novio que su padre le destinaba.

Los principios de subordinación que profesaba el Sr. Cleghorn fueron por él aplicados igualmente en esta circunstancia á su hija y á su dependiente. Consideróles culpables á los dos, y, al irse á su cuarto, exclamó con cólera:

—¡Dominarme mi dependiente! Esto es demasiado. Desde largo tiempo había descubierto yo su juego, pero de nada le valdrá. Mi hija me obedecerá... ó ya veremos. ¿No he trabajado yo toda mi vida para ganarle una fortuna? ¿Y ella me resistiría ahora? Jamás pensara en ello si ese mozo no hubiese entrado en mi casa; pero no tardará en saltar si la chica persiste en su determinación. Mi último dependiente me robó; y ¿ahora quisiera ese arrebatarme mi hija? No: le echaré. ¡Un dependiente pretender la hija de su amo sin su consentimiento! ¡Qué insolencia! ¿En qué siglo vivimos, Dios mío? ¿Cómo está la sociedad? ¡Jamás se veían estas cosas en mi tiempo! No: jamás hubiera tenido yo desfachatez de pretender la hija de mi principal. ¡Con qué astucia, con qué falsía conducía ese miserable su proyecto! Todo se lo perdonaría menos eso. Verdad es que si estoy vivo no permanecerá más de tres días en mi casa, si es que mi hija no quiere obedecerme de aquí á entonces.

(Se continuará)



## SOLUCIONES Á LOS PROBLEMAS Y EJERCICIOS DEL NÚMERO ANTERIOR

**Metagrama**  
Pica, Pisa, Pira, Pita, Pipa,  
Piña, Pila.

**Aritmografía**  
Lanjarón  
**Fuga de consonantes**  
Ya sabes que fui por ti  
capitán de bandoleros:

lo primero que robé  
fueron tus ojos morenos.

**Charadas**  
Taravilla, Café, Marcela.

## + PROBLEMAS Y EJERCICIOS MENTALES +



Pepito el indolente

## TERCIO DE SÍLABAS

... | ... | ...  
... | ... | ...

Formar, con la primera línea vertical, el primer grupo, el nombre de un escrito; con la 2.ª, prueba de cariño; y con la 3.ª, una población.

MARÍA GUILLÉN

## FUGA DE CONSONANTES

.o..e. .o..io.e.o.  
.a.a.a. .e..i.o.  
.i..e..o .e.e.a.  
.a.a .a.e.i..o.

CLAUDIO M.

## LOGOGRIFO NUMÉRICO

1 2 3 4 5 6 7 8 = Nombre de varón  
6 7 8 5 6 7 8 = Artífice.  
3 5 4 2 1 = En los volcanes  
4 2 3 1 = Un bailable.  
5 3 2 = Lo tienen las aves  
3 5 = Nota musical.  
4 = Consonante.

AGLADHI

## ◆ CHARADAS ◆

Una y dos cosa vitanda  
que á todo lleva, ¡oh, mancilla!  
una y tres hace el que en algo  
entre sus iguales brilla;  
al que á otro se junta llaman  
tercia y segunda do quiera;  
y si saber más quisieres,  
calientate la mollera.

AGLADHI

Es mi primera un pronombre,  
y mi segunda una letra;  
mi tercera es una nota,  
y mi todo fué un poeta.

JOSÉ MAS Y DEL RIBES

— Las soluciones en el número próximo —

**ADVERTENCIA.**—Los tres primeros niños que envíen la solución de los problemas recibirán, como obsequio, un regalo; entendiéndose esto para cada número.

**ADMINISTRACION:** Manuel Pla y Valor: Apodaca, 10, 2.º, MADRID.—Ramón Molinas: Cortes, 365 á 371, BARCELONA.

RESERVADOS LOS DERECHOS DE PROPIEDAD ARTÍSTICA Y LITERARIA

Establecimiento tipolitográfico de La Ilustración Ibérica: calle de Cortes, 365 á 371.—BARCELONA.